

la irrisión y el insulto á la crueldad, pasáron á ponerle en la mano una caña en forma de cetro, y en la cabeza una corona de espinas; y doblando la rodilla delante de él, le decían por irrisión: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupiéndole en la cara, tomaban también la caña, y le daban con élla en la cabeza para que se metiesen mas en élla las espinas de que estaba coronada.

§. LVII.

### *Jesucristo condenado á ser crucificado.*

Jamás se vió espectáculo mas lastimoso: desde la coronilla de la cabeza hasta las plantas de los pies no era sino una llaga (*Isai. 1.*): *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.* Jamás alguna profecía se cumplió mas visiblemente. (*Thren. 3.*). *Saturabitur opprobriis.* Jamás hombre alguno se vió mas harto de oprobios que Jesucristo. Era Jesus un espectáculo tan horrible, que el mismo Pilato, con ser pagano, se horrorizó al verle, y creyendo que no podía haber corazón humano tan bárbaro que no se enterneciera al verle, le hizo asomar á un balcon, y mostrándole á los judíos, les dixo: *Ecce homo: veis aquí al hombre*, cuya muerte me pedis con tanta obstinacion y furor: ¿le conoceis? ¿estais contentos? ¿le tendréis todavía envidia? *Veis aquí al hombre* que acusábais que queria hacerse vuestro rey: ¿temeréis despues de esto que se llame de hoy en mas el Mesías? ¿Quien no hubiera creído que la vista de un objeto tan lastimero habia de haber movido á compasion á aquellos hombres? Un vil animal en semejante estado causaria, á lo ménos horror á los hombres. Pero los judíos se encarnizaron mas en pedir su muerte; y así exclamaron: *Tolle, tolle*; crucifícale, crucifícale, ha dicho que era Hijo de Dios, y así es preciso que muera.

Al oír Pilato *hijo de Dios*, se sobresaltó todavía mas; y descubriendo en la obstinada furia del pueblo, y en la paciencia y silencio del Salvador alguna cosa que no le parecia natural, se volvió á entrar en la sala, y habiendo hecho que le traxesen á Jesucristo, le preguntó de nuevo sobre su nacimiento, sobre su país, sobre su origen y su

cualidad; pero Jesus no le respondió palabra. Pilato, cada vez mas atónito, le dixo: ¿No sabes que tengo poder para hacerte morir en una cruz y para librarte? ¿Cómo, y á qué fin este silencio? No tuvieras sobre mí ningun poder, dixo entonces Jesus, si no se te hubiera dado de lo alto, para que se cumplan los designios de la divina providencia; por esto los que me han entregado á ti son mas culpables que tú. Esta respuesta, llena de misterios, movió á Pilato á hacer nuevos esfuerzos para librarle; pero los judíos, que conocian la floxedad y cobardía del gobernador, exclamaron: Si no das la muerte á este hombre que ha querido hacerse rey, te declaras enemigo de tu príncipe. Esta reconvencion le aterró, y viendo que el tumulto tomaba cada vez mas cuerpo, se sentó en su tribunal; y habiendo mandado que le traxesen agua, se lavó las manos á vista del pueblo, y protextó que no tenia parte alguna en la muerte de aquel justo, y que no queria ser responsable de su sangre. Entonces el pueblo exclamó: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; que fue como decir: nosotros nos cargamos con el delito, y salimos á la pena que deba venirnos por su muerte. Esta imprecacion cayó tan visiblemente sobre aquella desventurada nacion, que todavía lleva sobre sí la pena de un delito tan negro, y llevará hasta el fin de los siglos. Cediendo Pilato á un vil respeto humano, y yendo contra su propia conciencia, dió la sentencia y condenó al Salvador del mundo á ser crucificado. Jamás se vió juicio mas injusto ni mas irregular. El mismo juez que dió la sentencia puso al cielo por testigo de la irregularidad de élla. Pero despues que un Dios se ha dignado hacerse hombre, y este Dios hecho hombre ha querido morir para satisfacer á la justicia divina por todos los hombres, no hay que esperar sino excesos, sino hechos los mas incomprendibles al espíritu humano.

Como cuando se pronunció la sentencia era la víspera del sábado, se aceleró la execucion: arrancáronle al Salvador el manto de púrpura con que estaba cubierto el cuerpo; pero como aquel adorable cuerpo era todo una llaga sangrienta, habíase pegado el manto con los huesos de modo, que al arrancarle fue preciso arrancarle los pedazos de carne que habian quedado sobre aquel sagrado

esqueleto. Judgad cuál sería este nuevo tormento. Volvieronle á poner sus vestiduras, y cargando sobre sus hombros el pesado madero de la cruz, le sacaron fuera de la ciudad, y le llevaron á crucificar sobre el monte Calvario; ó monte de la Calavera, algunos pasos fuera de los muros de Jerusalem, donde se acostumbraba executar la pena de muerte en los reos, porque los judíos no permitían que se quitase la vida á nadie dentro de poblado. Se cree que el Calvario es el que antiguamente se llamó el monte Moria, adonde Abraham llevó á inmolar á su hijo Isaac, figura de Jesucristo, inmoldándose á su Padre en el Calvario, el que en hebreo se llama Gólgota, que significa cráneo, por encontrarse en él muchos cráneos ó calaveras de los cadáveres de los ajusticiados.

§. LVIII.

*Va Jesus al Calvario con la cruz á cuestas.*

Jamás se vió espectáculo tan inaudito y tan espantoso. Aquel hombre tan extraordinario que habia tres años colmaba á todo el país de beneficios, y llenaba toda la tierra de resplandor y del prodigioso número de sus maravillas: aquel hombre divino, cuya vida era el modelo mas perfecto de la mas sublime santidad, cuya doctrina era toda divina: aquel hombre tan poderoso en obras y en palabras que expelia los demonios, curaba los enfermos mas deshauciados, resucitaba los muertos medio podridos, y hacia todas estas maravillas por su propia virtud y en su propio nombre; este hombre expuesto en este dia á los ojos de un pueblo numeroso, á quien habia milagrosamente saciado en el desierto con solos cinco panes: este Hombre-Dios á los ojos de un pueblo, en el que habia pocos que no le debiesen la vida ó la salud, y quizá ninguno, que á lo menos no hubiera sido testigo de sus milagros; aquel Mesías por tanto tiempo esperado, y tan ardientemente deseado; el hijo único de Dios omnipotente, Dios como su Padre, igual en todo á su Padre, atado como un ladrón, arrastrado por las calles de Jerusalem como un facineroso, acusado como el mas culpable de todos los delincuentes, declarado jurídi-

camente inocente de todos los capítulos de que se le acusaba, y tratado no obstante con la mayor infamia por una gabilla de malvados, molido á golpes y á azotes con la mas inaudita crueldad, condenado contra toda la justicia, cargado á mas de esto con el madero de la cruz en que debe espirar; y todo esto por antojo y á petición de aquellos mismos, que pocos dias antes le habian recibido como el Mesías. Son éstos unos hechos tan increíbles, que el espíritu se pierde en este laberinto: desde luego se ve que una razon superior á todo espíritu humano ha conducido este misterio; y si el amor de Dios á los hombres se muestra aquí incomprendible, ¿es mas facil de comprender la malicia y la impiedad de los judíos contra Dios?

Luego que salieron de la ciudad, viendo los soldados que Jesus, exhausto ya de fuerzas con tantos tormentos, estaba abrumado baxo el peso de la cruz, la cual, segun la tradicion, tenia quince pies de alto, y siete el travesaño, forzaron á un cierto Simon, natural de Cirene, para que se la ayudase á llevar. En el camino, habiendo visto el Salvador á unas mugeres piadosas que lloraban á vista de un tan triste espectáculo, se volvió hacia ellas, y las dixo: Hijas de Jerusalem, no me lloreis á mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque vendrá tiempo en que se dirá, Dichosas las mugeres estériles que no teniendo hijos, no tendrán el dolor de verlos envueltos en las calamidades que están para venir sobre esta desventurada ciudad, y sobre esta criminal nacion. Sabed que estas calamidades serán tan terribles, que se dirá entonces, como lo han predicho los profetas, Montes, caed sobre nosotros y estrelladnos, para que no seamos testigos de una desolacion tan espantosa; porque, añadió el Señor, si á mí me veis tratado con tanto rigor, solo por haberme cargado voluntariamente de los pecados ajenos, siendo la misma inocencia; ¿qué debe esperar toda esta nacion despues del enorme delito que comete en mi persona?

Conducian con él, al suplicio, dos insignes ladrones, que debian ser tambien crucificados. Cuando hubo llegado á lo alto del Calvario, le diéron al Salvador vino de mirra, el que se acostumbraba dar á los reos para ador-

merecerlos, y amortiguar en ellos todo sentimiento de dolor; pero el Salvador, queriendo beber el cáliz hasta las heces, como dice el Profeta; es decir, sin el menor alivio, lo rehusó, y no lo quiso beber. Desnudáronle entonces de sus vestidos; y por un exceso de crueldad y de barbarie le claváron en la cruz con unos clavos por los pies y por las manos, lo cual le causó el mas vivo y mas agudo dolor que puede un hombre padecer en esta vida. Luego, levantando la cruz, la metiéron en el agujero de una peña, dexándola caer de golpe; lo cual le causó al Salvador un estremecimiento de todos los miembros y nervios de su sagrado cuerpo, cuyo estremecimiento renovó todos los dolores que habia ya padecido y sentido. De este modo fué levantado de la tierra Jesus, como lo habia predicho, á vista de una infinidad de gente que habia concurrido á aquel triste espectáculo; y para que todo lo que habia sido predicho de él se cumpliera, pusieron á sus dos lados á los dos ladrones clavados ó atados á otras dos cruces, segun aquella prediccion de Isaías: Será puesto en el número de los malos y en la misma clase que los facinerosos (*Marc. 15.*): *Et cum iniquis reputatus est.*

## §. LIX.

*Jesucristo clavado en la cruz, pide á su Padre por sus enemigos. Las palabras de Jesus en la cruz.*

Levantado Jesus en alto sobre su cruz, como una inocente víctima sobre el altar donde va á consumir su sacrificio, pedia á su Padre que perdonase á los que por una ciega pasion le daban una muerte tan ignominiosa: *Padre, exclamó, perdonadles, porque no saben lo que se hacen* (*Luc. 23.*). Aunque Jesus habia dado bastantes pruebas de su divinidad para hacer inexcusable la ignorancia de los judíos; es cierto, no obstante, que jamás le hubieran crucificado si hubieran conocido que era el Señor de la gloria, como dice san Pablo; pero se debe advertir, que habia gran diferencia entre la ignorancia de los soldados y de la plebe, y la de los sacerdotes y doctores de

la ley: la excusa de ignorancia podia quizá poner á cubierto á una parte del pueblo; pero los doctores y los sacerdotes sabian, cuando ménos, que Jesus estaba inocente de los delitos que le imputaban: que era justo, y que sus milagros eran una prueba sin réplica de su santidad. Pero el Salvador no mira aquí la accion de los judíos sino por la cara que les era favorable: echa á un lado todo lo que hay en ella de odioso, como se acostumbra cuando se implora la clemencia de un juez en favor de un reo. En esta oracion manifiesta el Salvador claramente que da su sangre, y que muere por la salvacion de todos, pues no excluye de ella ni aun á los que le quitan la vida.

Habia mandado Pilato que se pusiera en lo alto de la cruz de Jesus un rótulo, en que se leían estas palabras en hebreo, en griego y en latin: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos*. Quiso que estas palabras fuesen escritas en dichas tres lenguas, para que todos los extrangeros que habian concurrido á la fiesta pudiesen leerlas. Los pontífices de los judíos representáron á Pilato que no convenia poner en el rótulo Rey de los judíos, sino, *que dixo ser Rey de los judíos*; pero Pilato no quiso que se mudara nada; y así les respondió: *Quod scripsi, scripsi* (*1. Cor. 2.*); lo que escribí, escribí. Quiso Dios que el gobernador pagano, que habia reconocido y atendido jurídicamente la inocencia de Jesucristo, publicase en esto su verdadera cualidad de rey de los judíos; y que supiesen todas las naciones, que los judíos, por el mas enorme de todos los delitos, habian dado la muerte á Cristo, su Rey, el Mesías que habian esperado tanto tiempo, y pedido con tantos votos.

Como los despojos de los ajusticiados eran de los executores, los soldados que habian crucificado á Jesucristo y á los dos ladrones, partiéron entre sí sus vestiduras; pero como la túnica del Salvador era sin costura, texida toda desde arriba abaxo, no quisieron rasgarla, sino que echáron suertes para ver de quién habia de ser, á fin que se cumpliese á la letra lo que David habia profetizado en el salmo 21: Dividiéron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echáron suertes (*Psal. 1.*): *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem.*

En el estado en que se hallaba Jesus hubiera debido causar lástima á los corazones mas bárbaros: no hay al-

mas tan duras y tan infames que se atrevan á insultar á los pacientes; ni vemos que los judíos insultasen á los dos ladrones que estaban crucificados á los dos lados del Salvador del mundo. Pero todo es extraordinario en la muerte de Jesucristo: lejos de ser un objeto de compasion á los judíos cuando está cerca de espirar en la cruz, es el objeto de su exécracion y de su rabia; no hay injuria que no vomiten contra él.

A otros les salvó la vida; se decian unos á otros insultándole; sálvese ahora á sí mismo si es Cristo; el escogido de Dios. Si eres rey de Israel, le decian los soldados, arrimándole á los labios una esponja empapada en vinagre, muestra ahora tu poder, y de lo alto de tu trono pronuncia edictos, acaba con tus enemigos, y con todos los que te faltan al respeto que se te debe. Otros le decian; ¿No te lisonjeabas que en tres dias reedificarías el templo de Dios si hubiera sido destruido? ¿Por qué, pues, no haces al presente un milagro para salvarte la vida? Baxe de la cruz, decian otros, y creeremos en él. Confiaba tanto en Dios, libréle si le quiere tanto. El mismo ha dicho que era hijo de Dios; sálvele, pues, su Padre la vida, si le reconoce por su hijo.

No habia quien no le ultrajase con palabras, hasta uno de los dos ladrones crucificados con él, le insultaba y escarnecía, diciendo: Si tú eres Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros. Es verdad que el otro, mas cuerdo y mas prudente, le reprendió con valor y con gravedad: Ni tú temes á Dios, le dixo, estando para morir. Aunque todos tres padecemos el mismo suplicio, ¿ignoramos que si nosotros padecemos pagamos justamente la pena debida á nuestros delitos? Pero éste, ¿qué mal ha hecho? Y luego encarándose á Jesus, le dixo con un corazon contrito y humillado: *Memento meí, Domine, cum veneris in regnum tuum*: Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino. Habla el buen ladron á Jesucristo como al verdadero Mesías; y así se puede decir que su fe le salvó. No duda que el Salvador ha de resucitar despues de su muerte: no le pide las primeras sillas de su reino; se contenta con suplicarle se acuerde de él despues de su muerte. Por eso mereció que Jesus le respondiera: *En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraiso*; esto es, en la felicidad de

los Santos en el seno de Abraham, en donde descansan los santos patriarcas. San Agustín, san Crisóstomo y san Jerónimo son de parecer que el buen ladron entró aquel mismo dia en el cielo, en donde Jesucristo, en quanto Dios, no dexaba jamás de estar. Este dichoso predestinado, cuya memoria celebra la Iglesia, fue bautizado en su propia sangre, é inmediatamente despues de su muerte entró en posesion de la eterna bienaventuranza. ¿Qué suertes tan diversas las de estos dos pecadores que mueren al lado de Jesucristo en el gran dia de su misericordia! Solo uno se convierte, el otro muere en su impenitencia. ¡Oh, y como este exemplo prueba visiblemente que son raras las conversiones á la hora de la muerte! De dos pecadores que mueren á los ojos de Jesucristo, á su lado, y rociados de aquella preciosa sangre que se derramaba por todos los hombres en remision de sus pecados, solo uno se convierte, y el otro muere en la impenitencia final. A vista de esto, contad sobre las conversiones diferidas para la hora de la muerte.

La santísima Virgen tenia demasiada parte en el sacrificio de su querido hijo para no hallarse presente á él: no se habia movido en toda la pasion de su hijo á solicitar de los jueces que le pusieran en libertad, ni á defender su inocencia: instruida perfectamente de todo el misterio de nuestra redencion, no dió un paso para impedir un sacrificio en que ella misma habia consentido, y cuya víctima habia ofrecido ella misma; pero quiso hallarse en el Calvario y al pie de la cruz para consumir con él el cruento sacrificio. Imagínate cuál sería su dolor, y qué cuchillo traspasaría su alma. Juan, aquel discípulo tan amado y tan favorecido, amaba con demasiado ardor á su divino Maestro para abandonarle en su muerte. Encontróse igualmente al pie de la cruz junto á la santísima Virgen. Viendo Jesus á su madre, la dixo con una voz moribunda y afectuosa: *Muger, veis ahí á tu hijo*, hablando de san Juan. Despues dixo al discípulo: *Ves ahí á tu madre*, hablando de la santísima Virgen; y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya, mirándola como á madre, y portándose con ella como hijo.

## §. LX.

*Espira Jesucristo en la cruz.*

Magdalena amaba con demasiado ardor al Salvador para ser tan tímida y tan cobarde como los otros discípulos: encontróse en el Calvario, y no se movió del pie de la cruz sin temer las burlas, y menosprecio que hacian de élla los soldados. Era mediodia cuando Jesus fue enclavado en la cruz; y estando el cielo sereno, sin que se viesen en él ni nubes ni nieblas, toda la tierra se cubrió milagrosamente de espesas tinieblas que duraron desde el mediodia hasta las tres de la tarde, que fue la hora en que Jesus espiró: eclipsóse el sol; y aunque la luna estaba en su lleno, el eclipse fue total por espacio de tres horas despues de mediodia; tiempo que los judíos llamaban *hora de uona*, así como llamaban sexta al mediodia. Queriendo Jesus cumplir todas las profecías, dixo: *Tengo sed*, aunque sabía muy bien que no le darian á beber sino vinagre, segun lo que estaba escrito de él en el salmo 68.: *Et in siti mea potaverunt me aceto* (Psalm. 68): mis enemigos para apagar mi sed me ofrecieron vinagre. En efecto, habiendo empapado los soldados una esponja en un vaso de vinagre, la pusieron alrededor de una rama de hisopo, y se la arrimaron á la boca. Luego que Jesus probó el vinagre, dixo: Acabado es, todo está cumplido. Queriendo tambien hacernos comprender cuánto le costaba nuestra salvacion, y á qué precio nos redimia, exclamó en hebreo ó en siriaco (Matth. 27.): *Eli, Eli, lamma sabacthani?* lo que significa: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Esta queja no era efecto de desconfianza, ni de pesar ó tedio que tuviese, sino solo testificar amorosamente el dolor que padecía; como si hubiera querido decir: Dios mio, tú quieres que yo padezca hasta el último suspiro todo el rigor de tu ira contra los pecadores, de cuyas iniquidades quise cargar para satisfacer plenamente á vuestra justicia; y quieres al mismo tiempo que te dé esta satisfaccion dolorosa, sin el menor alivio ni consuelo; cúmplase tu voluntad.

Algunos soldados, no entendiendo el hebreo, creyeron

que invocaba á Elías, y dixéron: A Elías llama; esperemos un poco á ver si viene á librarle. Entonces Jesus dixo con una voz clara y distinta: *Consummatum est* (Joan. 19.): Ya está todo cumplido: la justicia divina está plenamente satisfecha; los oráculos de los profetas se han verificado; se ha cumplido todo lo que la Escritura habia predicho; ya está acabada y perfeccionada la obra de la redencion; ya están pagadas todas las deudas que los hombres han contraido con Dios; y ya no queda que hacer otra cosa, sino que éstos quieran aprovecharse del tesoro infinito de mis tormentos y del mérito de mi muerte. Finalmente, inclinándose Jesus la cabeza, y dando un gran grito, exclamó: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. En esto se ve que el Salvador era dueño y árbitro de su vida, y que disponia de élla á su voluntad conforme habia dicho en otro tiempo. En mi mano está el dar mi vida, y en mi mano está el volverla á tomar. Dichas estas palabras, inclinó su cabeza, y entregó su espíritu.

A este tiempo, ademas de eclipse total y milagroso del sol, digo milagroso, porque el eclipse del sol no puede naturalmente suceder sino cuando la luna se encuentra directamente entre el sol y la tierra, lo que no puede suceder sino en la luna nueva; en lugar que en la luna llena, que era precisamente cuando murió el Salvador, este planeta estaba enteramente opuesto al sol, del cual estaba lo más apartado que puede estar. Al tiempo, pues, que el Salvador entregó su espíritu, ademas del eclipse milagroso del sol que duraba tres horas habia, es á saber, desde el mediodia, que fue cuando Jesucristo fue clavado en la cruz, sucedió uno de los más terribles terremotos que hubo jamás en el mundo: abriéronse las rocas, rompiéronse las piedras, y el velo del templo se rasgó en dos mitades desde arriba á baxo.

Habia dos grandes velos en el templo, el uno delante del santuario, y el otro más adentro, á la entrada del *Sancta sanctorum*, adonde solo era permitido al sumo sacerdote entrar, y esto una sola vez al año. Este último velo fué el que se rasgó milagrosamente en la muerte del Salvador, el que, como dice san Pablo (Hebr. 10.), en calidad de sumo sacerdote ó pontífice, nos abrió la entrada del *Sancta sanctorum*; esto es, del cielo. Este rasgarse el velo en la muer-

te de Jesucristo, significa que esta muerte abrió el cielo á todos los hombres: que ya no hay velo que nos oculte los misterios; que todas las figuras de la ley antigua han pasado, y que ya no queda sino la verdad patente y desnuda. Este rasgarse el velo daba tambien á entender que se habia roto la antigua alianza que Dios habia contraído con el pueblo judáico: que ya no habia santuario en aquel templo; que Dios ya no reconocia al pueblo judáico por su solo pueblo; que para con Dios ya no habia aceptacion de personas, y que en adelante todos los pueblos judíos y gentiles, escitas, griegos y romanos podrian entrar en el santuario; porque habiendo muerto Jesucristo por todos los hombres, todos los hombres habian sido hechos el pueblo de Dios.

Un tan grande golpe de prodigios en el cielo y en la tierra, tantas demostraciones de dolor, tantos gemidos, digámoslo así de toda la naturaleza pasmada y sentida en cierto modo al ver morir al Criador de todo, hizo impresion en los espíritus de los que se halláron presentes á su muerte. El Centurion que mandaba á los soldados, y todos los que estaban con él, habiendo visto tantos prodigios, exclamaron (*Luc. 23.*): *Este hombre era verdaderamente justo, y verdaderamente era hijo de Dios.* Toda la gente que habia estado presente á este espectáculo, al considerar lo que acababa de suceder, se volvía á la ciudad llena de espanto y de confusion, hiriéndose el pecho, y sin hablar palabra, temiendo mucho que la muerte de aquel hombre justo habia de atraer presto las últimas calamidades sobre toda la nacion. Hubo algunas mugeres devotas, y entre ótras María Magdalena, María, madre de Jacobo el Menor, y Salomé, muger del Zebedeo, que se resolvieron á quedarse en el lugar del suplicio desviadas de la gente, esperando que se desenclavase el cuerpo del Salvador, para ver el parage en dónde sería enterrado para ir á tributarle los últimos obsequios haciéndole los funerales.

## §. LXI.

*La sepultura de Jesucristo.*

Como todo esto habia sucedido en la víspera del sábado, y los cuerpos no debian quedar sobre la cruz el día de fiesta, rogáron los judíos á Pilato mandase quebrar las piernas á los crucificados para acelerar su muerte, lo que se executó con los dos ladrones que se encontráron todavía vivos; pero viendo los soldados que Jesus estaba muerto, uno de ellos, llamado Longinos, se contentó con abrirle el costado con una lanza, y al punto salió de él sangre y agua. El que lo vió, añade san Juan, dió testimonio de ello, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, á fin que vosotros mismos lo creáis tambien. San Juan insiste particularmente sobre esta circunstancia para mostrar que Jesucristo tenia verdadero cuerpo, que habia muerto verdaderamente, y que el efecto principal de su muerte era lavarnos de las manchas de nuestros pecados. Tambien se vió en esto cumplida la Escritura, que dice: *No le quebrantaréis hueso alguno: Os ejus non confringent.* Estas palabras se dixéron del cordero pascual, que era figura del Salvador inmolado por los hombres, y contenian al mismo tiempo una profecía de lo que habia de sucederle á Jesucristo.

Mientras que pasaba esto en el Calvario, José de Arimatea, que era un hombre muy rico y distinguido entre los judíos, y discípulo de Jesus, aunque oculto por temor á los judíos, y que no habia tenido parte en la tiranía de ellos contra el Salvador, se fue á Pilato con grande osadía, y le pidió le permitiese dar sepultura á Jesus. Habiéndoselo concedido Pilato, José y Nicodemus, otro discípulo oculto del Salvador, desenclaváron su adorable cuerpo, le baxáron de la cruz; y habiéndole embalsamado, sin temer la indignacion de los príncipes de la sinagoga, los que consternados á vista de lo que habia sucedido en aquella muerte, de la que el pueblo empezaba á murmurar mucho, no se atrevieron á oponerse, le envolviéron en una sábana nueva, y le pusie-